

muñeca haya desempeñado su papel, la enviaré á Roma ó á Madrid, donde hará nacer muchas pasiones.

—Pues ya que podré disfrutar de ella poco tiempo, me vuelvo—dijo Luciano.

—Anda, hijo mío, diviértete... Mañana tendrás un día más. Yo espero á uno que tiene que venir á decirme lo que pasa en casa del barón de Nucingen.

—¿Quién es?

—La querida de su criado, porque es preciso saber siempre lo que pasa en casa del enemigo.

A las doce de la noche, Paccard, el cazador de Ester, halló al cura en el puente de las Artes, que es el sitió más apropiado de París para hablar en secreto. Al mismo tiempo que hablaba, el cazador miraba á un lado mientras que el cura miraba al otro.

—El barón ha ido esta mañana á la Prefectura de cuatro á cinco, y esta noche ha dicho que le prometieron hallar á la mujer que busca—dijo el cazador.

—¿Estaremos espiados?—preguntó Jacobo Collín—pero ¿por quién?

—Se ha servido ya de Louchard, el guarda de comercio.

—Eso sería una niñería—respondió el cura.—Lo único que nos daría que temer sería la brigada de seguridad ó la policía judicial; y, desde el momento que éstas no se mueven, nosotros podemos movernos.

—¿Cuál es la orden hoy?—preguntó Paccard con el tono respetuoso de un mariscal que fuese á recibir órdenes de Luis XVIII.

—Saldréis todas las noches á las diez—le respondió el falso cura.—é iréis á buen paso al bosque de Vincennes, al bosque de Meudón ó al de Ville-d'Avray. Si alguien os observa ú os sigue, no hagáis caso; sé complaciente y corruptible y habla de los celos de Rubempré, el cual está loco por la señora y no quiere, sobre todo, que nadie sepa que tiene una querida de ese género.

—¿Basta! ¿debo ir armado?

—De ningún modo!—exclamó Jacobo Collín.—¿De qué sirve un arma? para causar desgracias. No te sirvas en ningún caso de tu cuchillo de cazador. Cuando se le pueden romper las piernas á un hombre con el golpe que yo te enseñé, cuando puede uno batirse contra tres hombres

armados con la seguridad de tumbar á dos antes de que se hayan movido, ¿qué temes? ¿No llevas el bastón?

—¡Es verdad!—dijo el cazador.

Paccard, hombre de hierro con brazos de acero, patillas italianas, cabellera de artista, y cara livida é impasible como la de Contensón, ocultaba su fogosidad y gozaba de un aspecto de tambor mayor que alejaba toda sospecha. Un escapado de presidio no tiene nunca la fatuidad y la convicción de sus méritos. Sacerdote del presidio, sentía la amistosa admiración que Peyrade sentía por Coirentin. Aquel coloso de piernas largas, mucho hueso y poca carne, no daba nunca un paso sin examinarlo todo con esa rapidez plácida propia del ladrón ó del espía. Seco, ágil, dispuesto á todo siempre, Paccard hubiese sido perfecto, según decía Collín, si no tuviese el flaco de la bebida; tan á fondo poseía el talento necesario al hombre que vive en guerra con la sociedad. Al entrar en su casa, Paccard absorbía el oro líquido que le servía á copitas una joven llegada de Dantzick.

—Abriré el ojo—dijo Paccard poniéndose el magnífico sombrero de plumas después de haber saludado al que él llamaba *su confesor*.

He aquí por qué serie de acontecimientos, dos hombres tan inteligentes como eran, cada uno en su esfera, Jacobo Collín y Peyrade, llegaron á hallarse cara á cara en el mismo terreno y á desplegar su genio en una lucha en que cada cual combatía por su pasión ó por sus intereses. Fué éste uno de esos combates ignorados, pero terribles, en que se gasta en talento, en odio, en irritaciones, en marchas y contramarchas y en astucias, tanto poder como para adquirir una fortuna. Hombres y medios, todo fué secreto por parte de Peyrade, á quien su amigo Coirentin secundó en aquel asunto, que era para ellos un verdadero juego. Por eso la historia es muda respecto á este asunto, como lo es acerca de las verdaderas causas de muchas revoluciones. Pero he aquí el resultado. Cinco días después de la entrevista del señor de Nucingen con Peyrade en los Campos Eliseos, una mañana, un hombre de unos cincuenta años, dotado de esa figura de blanco de cerusa que se componen los diplomáticos, vestido con levita azul, y con aires de ministro, se apeó de un espléndido coche, dándole á su criado las riendas. Preguntó si estaba visible el barón de

Nucingen al criado que ocupaba el vestíbulo y que le abrió respetuosamente la puerta.

—¿El nombre del señor?—le preguntó el criado.

—Dígale al señor barón que vengo de la avenida Gabriela—respondió Corentín.—Si hay gente, guárdese de pronunciar este nombre en voz alta, porque se expondría á que le pusiesen de patitas en la calle.

Un minuto después, el criado volvió y llevó á Corentín al despacho del barón, por las habitaciones interiores.

Corentín cambió su mirada impenetrable con otra mirada análoga del banquero.

—Señor barón, vengo en nombre de Peyrade...

—Bien—dijo el barón echando el cerrojo.

—La querida del señor de Rubempré vive en la calle Taitbout, en la antigua casa de la señorita de Bellefeuille, la ex amante del señor de Granville, el fiscal general.

—¡Ah! ¡tan *cega* de mí!—exclamó el barón—¡es gago!

—No me cuesta trabajo creer que esté usted loco por mujer tan hermosa, pues á mí me ha dejado encantado—añadió Corentín.—Luciano está tan celoso de esa muchacha que le prohíbe salir, y ella, al parecer, le ama, porque en los cuatro años que lleva en la casa, ni los vecinos, ni el portero, ni los propietarios han podido verla. La niña no se pasea más que por la noche. Cuando sale, las ventanillas del coche llevan las cortinillas bajas y ella se pone un velo. Luciano no la oculta únicamente por celos, sino que lo hace porque aspira á casarse con la señorita de Grandlieu, y es actualmente el favorito íntimo de la señora de Serizy. Como es natural, él quiere conservar su querida pública y no romper con su prometida. Usted es, pues, dueño de la situación: Luciano sacrificaría su placer por sus intereses y por su vanidad. Usted es rico; tal vez se trata de su última dicha, y debe mostrarse generoso. Por medio de la camarera podrá usted lograr sus deseos. Dele usted una docena de miles de francos á la criada y ella se encargará de esconderle en el cuarto de su ama.

Ninguna figura retórica serviría para describir el tono firme y absoluto de Corentín, que era observado por el barón con una expresión de asombro que había procurado ocultar con su impasible rostro.

—Vengo á pedirle cinco mil francos para Peyrade, que ha perdido cinco de los billetes que usted le dió, ¡una des-

gracia!—dijo Corentín con tono de mando.—Peyrade conoce demasiado bien París para hacer gastos en anuncios, y ha contado con usted. Pero no es esto lo más importante—dijo para quitarle importancia á la petición de dinero.—Si no quiere usted tener disgustos en su vejez, obténgale á Peyrade la plaza que solicitó, lo cual le sería á usted muy fácil. El director general de la policía del Reino debió de recibir ayer una nota respecto á este punto. Se trata únicamente de que Gondreville le hable del asunto al prefecto de policía. Dígale usted á Maligno, conde de Gondreville, que se trata de hacerle un favor á uno de los que le desembarazaron de los señores de Simeuse, y verá cómo se mueve.

—*Señor*, aquí tiene usted—dijo el barón entregando á Corentín cinco billetes de mil francos.

—La camarera es amante de un cazador llamado Paccard, que vive en la calle de Provenza, en casa de un cochero, y que se alquila como cazador á los que quieren darse aires de príncipe. Podrá usted llegar á hablarle á la camarera de la señora Van Gobseck por Paccard, un pillastre piamontés muy aficionado al vino.

Indudablemente esta última declaración, hecha á modo de postdata, era el precio de los cinco mil francos. El barón procuraba adivinar á qué raza pertenecía Corentín, en quien veía más bien un director de espionaje que un espía; pero Corentín siguió siendo para él lo que es para un arqueólogo una inscripción en la cual faltan las tres cuartas partes de las letras.

—¿Cómo se llama la *camagega*?—preguntó.

—Eugenia—respondió Corentín saludando al barón y marchándose.

El barón de Nucingen, transportado de alegría, abandonó todos sus negocios y se fué á sus habitaciones en ese estado de felicidad de un joven de veinticinco años que goza ya de antemano de los placeres de una cita con su primera querida. Después tomó todo el dinero que tenía en su caja particular, una suma con la cual habría podido hacer la dicha de una aldea, cincuenta mil francos, y se los puso en el bolsillo de la levita; pero la prodigalidad de los millonarios no puede compararse con su aivez de ganancias. Cuando se trata de un capricho, de una pasión, el dinero no es ya nada para los Cresos; porque, en efecto, les es más

difícil tener caprichos que oro. Un goce es lo más raro en su vida de hastío, llena de esas emociones que producen los golpes de la especulación. Ejemplo: Uno de los más ricos capitalistas de París, conocido por sus extravagancias, encuentra un día en los bulevares á una obrera excesivamente linda acompañada de su madre y dando el brazo á un joven de pobre apariencia. Al primer golpe de vista, el millonario se enamora de aquella parisiense; la sigue á su casa, entra, se hace narrar aquella vida mezclada de bailes, de días sin pan, de diversiones y de trabajo, se interesa por la joven y deja cinco billetes de mil francos bajo una moneda de cinco: una generosidad deshonrosa. Al día siguiente, un famoso tapicero acude á recibir órdenes de la obrera, amuebla una habitación que ella misma escoge, y gasta en ello veinte mil francos. La obrera se entrega á esperanzas fantásticas: viste convenientemente á su madre, se alaba de poder colocar á su ex amante en las oficinas de una Compañía de seguros, espera... uno, dos días... una, dos semanas; se cree obligada á ser fiel, y se empeña. El capitalista, llamado á Holanda, había olvidado á la obrera, y no fué ni una sola vez al paraíso en que la había colocado, del cual cayó ella todo lo bajo que es posible caer en París. Nucingen no jugaba, Nucingen no protegía las artes, Nucingen no tenía ningún capricho: era, pues, natural que se lanzase ciegamente á su pasión por Ester, según esperaba el falso cura.

Después de almorzar, el barón llamó á su criado Jorge y le dijo que fuese á la calle Taitbout á rogarle á la señorita Eugenia, camarera de la señora Van Gobseck, que pasase por sus oficinas para un asunto importante.

—Guíala tú y hazla *subig* á mi *cuagto*, diciéndole que ha hecha su *fojtuna*.

A Jorge le costó mucho trabajo decidir á Europa-Eugenia á seguirle. «La señora no me permite nunca salir; podría perder la colocación, etc., etc.»; así es que Jorge hizo valer sus méritos á los oídos del barón, el cual le dió diez luises.

—Si la señora sale esta noche sin llevarla consigo, Eugenia vendrá á eso de las diez—le dijo Jorge á su amo cuyos ojos brillaban como carbunclos.

—Bueno, ven á *peinagme* y á *vestigmé* á las diez, pues *quíego pagueceg* lo *mejog* que pueda. Yo creo que *logragé veg* á mi amada, ó el *dinego* no es *dinego*.

De doce á una, el barón se tiñó los cabellos y las patillas. A las nueve, el barón, que tomó un baño antes de comer, se compuso, se perfumó, se adonisó. La señora de Nucingen, sabedora de aquella metamorfosis, quiso procurarse el placer de ver á su marido.

—¡Dios mío! ¡qué ridículo es usted!—le dijo.—Vamos, vamos, póngase una corbata de satín negro en lugar de esa blanca que hace resaltar más la dureza de sus patillas. Además, que así estará más elegante, más distinguido y parecerá un antiguo consejero del parlamento. Quitese también esos botones de diamantes, que valen cien mil francos cada uno, porque esa mona se los pediría y usted no podría negárselos... y... para dárselos á esa perdida, vale más que me los ponga yo en las orejas.

El pobre financiero, admirado de las oportunas y justas advertencias de su mujer, le obedecía refunfuñando.

—¡Gidículo! ¡gidículo!... Yo no le he dicho á usted nunca que *estuviega gidícula* cuando usted se ataviaba *pagecegle* bien á su pequeño *Gastiñac*.

—Supongo que no me habrá encontrado usted nunca ridícula. ¿Soy yo mujer capaz de cometer semejantes faltas de ortografía en mi tocado? Veamos, vuélvase. Abróchese la levita hasta arriba, como hace el duque de Maufrigneuse dejando sueltos los dos últimos ojales de arriba y además procure parecer joven.

—Señor—dijo Jorge,—aquí está la señorita Eugenia.

—Adiós, *señoga*...—exclamó el banquero acompañando á su mujer hasta más allá de los límites de sus habitaciones respectivas, para estar seguro de que no escucharía la conferencia.

Al volver, tomó de la mano á Europa y la llevó á su cuarto con una especie de respeto irónico.

—Bueno, pequeña, ya puede *decigse* feliz, *pogque* está al *servicio* de la *muyeg* más bonita del mundo... Su *fojtuna* de usted está hecha si se *aviene* á *hablag* en mi *fayog* y á *ponegse* de mi *pagte*.

—Ni por diez mil francos haría tal cosa—exclamó Europa.—Señor barón, ya comprenderá usted que yo soy ante todo mujer honrada...

—Sí, y cuento *pagag* bien su *hongadez*. Eso es lo que se llama en el *comegcio* la *cugiosidad*.

—Pero no es esto lo único—dijo Europa.—Si el señor

no gustase á la señora, como es lo más probable, y ella se enfada, yo perderé mi colocación, que me da más de mil francos anuales.

—El capital de mil francos son veinte mil francos, y, si yo se los doy, usted no *pegdega* nada.

—¡Ah! si lo toma usted de ese modo, señor mío, la cuestión cambia—dijo Europa.—¿Dónde están?

—Aquí—respondió el barón enseñándole uno á uno los billetes de mil francos.

El barón observaba los rayos que cada billete hacía brotar de los ojos de Europa y que revelaban la avidez que él deseaba despertar.

—Usted me paga la colocación, pero ¿y la honradez? ¿y la conciencia?—dijo Europa levantando la cabeza y fijando en el barón una mirada medio seria, medio bufa.

—La conciencia no vale tanto como la colocación; *pego añadigemos* cinco mil francos más.

—No, veinte mil francos por la conciencia y cinco mil por la colocación, si la pierdo.

—Como usted *quiega*—dijo añadiendo los cinco billetes; —*pego paga ganaglos* es preciso que me esconda usted en el *cuagto* de la *señoga pog* la noche, cuando esté sola...

—Si me asegura usted no decir nunca que fui yo la que lo metí, consiento. Pero le advierto que la señora es forzada como un turco, que ama al señor de Rubempré como una loca, y que aunque le dé usted un millón en billetes no le hará cometer una infidelidad... Es tonto ese proceder, pero así se obra cuando se ama... ¡Mi señora es peor que una mujer honrada! Cuando sale de paseo por las noches con el señor, es raro que el señor se quede en casa, y como él ha ido esta noche con ella, esta misma noche puedo esconderle. Si la señora vuelve sola, yo vendré á buscarle á usted; usted se quedará en el salón, yo no cerraré la puerta del cuarto, y lo demás... ¡qué diablo! lo demás es cosa suya... ¡Prepárese!

—Toma y *daca*, yo te *dagé* los veinticinco mil francos en el salón.

—¡Ah! ¡tan desconfiado es usted?—dijo Europa.—¡Dios le ampare!

—Ya tendrás ocasión de *gobagne*... Me *pagece* que *segemos* amigos.

—Bueno, esté usted en la calle Taitbout á las doce

de la noche; pero lleve usted treinta mil francos, porque la honradez de una camarera se paga más cara después de las doce de la noche, como los coches de punto.

—*Pog* prudencia te *dagé* un bono contra el Banco.

—No, no—dijo Europa,—billetes, ó no me avengo á nada.

A la una de la mañana, el barón de Nucingen, escondido en la buhardilla en que dormía Europa, era presa de todas las ansiedades del hombre feliz que espera una entrevista amorosa. El viejo vivía, sentía que la sangre le hervía en los pies y que la cabeza iba á estallarle como una máquina de vapor demasiado caldeada.

—*Mogalmente* gozaba *pog* más de cien mil escudos—le dijo á Tillet contándole su aventura.

El barón escuchó todos los ruidos de la calle, y á las dos de la mañana oyó el coche de su amada cuando pasaba por el bulevar. El corazón le latió con fuerza inusitada cuando la puerta giró sobre sus goznes: al fin iba á ver la celestial, la ardiente cara de Ester. La espera del momento supremo le emocionaba más que si temiese perder toda su fortuna.

—¡Ah!—exclamó—¡esto es *vivig!* ¡es casi *vivig* demasiado! ¡no *segé* capaz de nada!

Un cuarto de hora después, subió Europa.

—La señora está sola, ¡baje!... pero sobre todo, no haga usted ruido, elefante.

—¡Elefante!—repitió riéndose al mismo tiempo que caminaba como sobre ascuas.

Europa iba delante de él con una palmatoria en la mano.

—Toma, cuéntalos—dijo el barón dándole á Europa los billetes una vez que estuvo en el salón.

Europa tomó los treinta mil francos con aire serio y salió dejando encerrado al banquero. Nucingen se encaminó hacia el cuarto y se halló con la hermosa inglesa, la cual le dijo:

—¿Eres tú, Luciano?

—No, hermosa niña—exclamó Nucingen sin acabar la frase que llevaba preparada.

El hombre quedó alelado al ver á una mujer contraria en un todo á Ester: rubio donde había visto negro, debilidad en lugar de fuerza, noche apacible donde brillaba el sol de la Arabia.

—¡Cómo! ¿de dónde sale usted? ¿quién es?—dijo la in-

glesa tirando del cordón de la campanilla sin lograr que sonase.

—He *fogado* de algodón las campanillas, *pego* no tema, que ya me voy. He aquí treinta mil francos *tigados* á un pozo. ¿Es usted la *quegida* del *señog* de Rubempré?

—Al parecer, querido mío—dijo la inglesa, que hablaba perfectamente el francés.—*Pego* ¿quién *egues* tú?—dijo imitando el modo de hablar de Nucingen.

—¡Un hombre que ha sido cogido!—respondió lastimosamente.

—¿Cogido por *estag* junto á una *mujeg* bonita?—le preguntó la inglesa bromeando.

—*Pegmitame* que le envíe mañana alguna joya *paga* que *gecuedé* al *bagón* de Nucingen.

—No lo conozco—le contestó riéndose como una loca;—pero recibiré la joya con mucho gusto, señor violador de mi domicilio.

—Ya lo *conocegd* usted. Adiós, *señoga*. Es usted bocado de *guey*; *pego* yo sólo soy un pobre *banquego* de setenta años cumplidos y me ha hecho *compredeg* el *podeg* que tiene la *mujeg* á quien amo, ya que su belleza sebrehumana no ha logrado *hacégmela olvidag*.

—Vamos, es usted muy atento—le dijo la inglesa.

—No es *finuga*, sino *inspigación*, que proviene de usted.

—Usted ha hablado de treinta mil francos, ¿á quién se los ha dado?

—A su tunante *camaguega*.

La inglesa llamó, y Europa, que no estaba lejos, se presentó en el acto.

—¡Oh!—exclamó Europa.—¡Un hombre en el cuarto de la señora! ¡Qué horror!

—¿No le ha dado treinta mil francos por meterlo aquí?

—No, señora; pues entre las dos no los valemos.

Y Europa empezó á gritar «ladrones» con tal prisa, que el barón, asustado, se dirigió hacia la puerta empujado por Europa, la cual le hizo rodar las escaleras al mismo tiempo que le decía:

—¡Bandido! me ha descubierto usted. ¡Al ladrón! ¡al ladrón!

El enamorado barón, desesperado, logró llegar sin tropiezos hasta el punto en que le esperaba el coche, y no sabía ya á qué espía confiar su negocio.

—¿Es que la señora quiere privarme de mis gajes?—dijo Europa volviéndose como una fiera hacia la inglesa.

—Yo no conozco las costumbres de Francia—le contestó aquélla.

—No olvide que me basta decirle al señor una palabra para que la ponga á usted á la puerta—respondió insolentemente Europa.

—Esa maldita *camaguega* me ha estafado treinta mil francos—le dijo el barón á Jorge cuando éste le preguntó si estaba contento;—*pego* la culpa es mía y nada más que mía.

—¿De modo que no le ha servido de nada al señor el acicalarse? ¡Diablo! por algo le aconsejo yo al señor que tome aquellas pastillas...

—*Jogge*, me *muego* de *desespegación*... Tengo frío... Siento el *cogazón* helado... Basta de *Esteg*, amigo mío.

En las grandes circunstancias Jorge era amigo de su amo.

Dos días después de esta escena, que fué relatada por la joven Europa con toda la gracia que ella supo darle con su mímica, el falso español almorzaba frente á frente de Luciano.

—Hijito mío, es preciso que ni la policía ni nadie se meta en nuestros asuntos—le dijo en voz baja al mismo tiempo que le pedía fuego para encender un puro,—porque no es conveniente. He hallado un medio audaz, pero infalible, para que el barón y sus agentes no se muevan. Vas á ir á casa de la señora de Serizy, muéstrate amable con ella y dile, en el transcurso de la conversación, que para hacerle un favor á Rastiñac, que está ya cansado de la señora de Nucingen, tú consientes en servirle de tapadera para ocultar á una querida que tiene. El señor de Nucingen, que se ha enamorado de la mujer que oculta Restiñac (esto le hará reír), ha tenido la idea de emplear á la policía para espiarte, á ti, que eres inocente de los enredos de tu compatriota, y que podrías salir comprometido en tus aspiraciones á la mano de la Grandlieu. Le rogarás á la condesa que te preste el apoyo de su marido, que es ministro de Estado, para ir á la Prefectura de policía. Una vez en presencia del señor prefecto, quéjate, pero hazlo como hombre político que no tardará en formar parte de algún importante organismo de gobierno. Comprenderás la policía como hombre de Estado, la admirarás, y con ella al prefecto. Las máquinas más hermosas

hacen manchas de aceite donde destilan. No te enfades demasiado. Tú no le tienes rencor ninguno al prefecto, y sólo le suplicas que vigile á su gente, pero que no la castigue. Cuanto más cariñoso estés, más terrible se mostrará el prefecto con sus subordinados. De este modo estaremos tranquilos y podremos hacer volver á Ester, que debe ya bramar como los gamos del bosque.

El prefecto de entonces era un antiguo magistrado, y los magistrados antiguos resultan prefectos de policía demasiado jóvenes. Imbuídos por el derecho y empachados de legalidad, tienen la mano torpe para la arbitrariedad que es necesario utilizar á veces en la policía. Al verse en presencia del vicepresidente del consejo de Estado, el prefecto reconoció á la policía mayores defectos de los que tenía, deploró los abusos y se acordó entonces de la visita que le había hecho el barón de Nucingen y de los informes que le había pedido acerca de Peyrade. Al mismo tiempo que prometía reprimir los excesos á que se entregaban sus agentes, el prefecto le dió las gracias á Luciano por haberse dirigido á él personalmente, le prometió el secreto y fingió comprender el lío. Algunas frases hermosas acerca de la libertad del individuo y de la inviolabilidad del domicilio fueron cambiadas entre el ministro de Estado y el prefecto, á quien Serizy advirtió que si los grandes intereses del reino exigían á veces secretas ilegalidades, era un crimen aplicar aquellos medios de Estado á los intereses privados.

Una mañana, en el momento en que Peyrade se dirigía á su querido café David, donde se regalaba contemplando ciudadanos, como el artista viendo brotar flores, un gendarme vestido de paisano se le acercó en la calle y le dijo al oído:

—Ahora iba á su casa. Tengo orden de llevarlo á la Prefectura.

Peyrade tomó un coche y siguió al gendarme sin hacer la menor observación.

El prefecto de policía trató á Peyrade cual si fuese el último sotacomitre, al mismo tiempo que se paseaba por una calle del jardinito de la Prefectura de policía.

—Señor, no sin razón está usted expulsado del servicio desde el año 1809. ¿No sabe usted á lo que nos expone y á lo que se expone usted mismo?

La filípica terminó con un verdadero golpe fulminante. El prefecto le anunció duramente al pobre Peyrade que no

sólo le suprimía el socorro anual, sino que además lo sometería á estrecha vigilancia. El anciano recibió aquella ducha con el aire más tranquilo del mundo. No hay nada más inmóvil é impasible que un hombre herido por un rayo. Peyrade había perdido en el juego todo el dinero y, como sólo contaba con su colocación, iba á verse reducido á las limosnas de su amigo Corentín.

—Yo he sido prefecto de policía y le doy la razón en todo —le dijo tranquilamente el anciano al funcionario orgulloso de su majestad judicial;—pero, sin que trate de excusarme, permítame que le advierta que no me conoce—dijo Peyrade dirigiéndole al prefecto una mirada significativa.—Sus palabras son, ó demasiado duras para el antiguo comisario general de policía en Holanda, ó poco severas para un triste agente.

El prefecto guardaba silencio.

—Señor prefecto, acuérdesse usted únicamente de lo que voy á tener el honor de decirle. Sin que yo trate de mezclarle para nada en los asuntos de su policía y sin que intente tampoco justificarme, le digo que ya tendrá ocasión de ver que en este asunto hay alguien que resulta engañado: en este momento soy yo, pero más tarde se dirá usted que es usted mismo.

Y dicho esto saludó al prefecto, el cual se quedó pensativo para ocultar su asombro.

El anciano volvió á su casa, embargado por una rabia sorda contra el barón de Nucingen. Aquel maldito financiero era el único que podía haber revelado un secreto concentrado en las cabezas de Contensón, de Peyrade y de Corentín. El anciano acusó al banquero de que quería evitar el pago después de logrado su objeto. Una sola entrevista le había bastado para adivinar las astucias del más astuto de los banqueros: «Liquida con todo el mundo, hasta con nosotros, pero me vengaré, se decía el buen hombre; nunca le he pedido nada á Corentín, y le pediré que me ayude á vengarme de ese estúpido macho. ¡Maldito barón! ya verás quién soy yo, cuando halles á tu hija deshonrada. Pero ¿amará á su hija?» La noche de la catástrofe, que echaba por tierra las esperanzas de aquel anciano, éste parecía haber envejecido diez años. Hablando con su amigo Corentín, entremezclaba sus quejas con lágrimas arrancadas por la perspectiva del triste porvenir que legaba á su hija; á su ídolo, á su perla.

—Seguiremos la marcha de este asunto—le decía Corentín.—Ante todo es preciso saber si ha sido el barón el delator. ¿No habremos hecho una torpeza buscando el apoyo de Gondreville? Ese viejo Maligno nos debe demasiados favores para que no procure reventarnos; así es que voy á vigilar á su yerno Keller, que es un necio en política y, por lo tanto, muy capaz de terciar en alguna conspiración encaminada á derribar á la rama mayor en favor de la segunda... Mañana ya sabré lo que pasa en casa de Nucingen, si ha visto á su amada y de dónde proviene este latigazo... No te apures... En primer lugar el prefecto no permanecerá mucho tiempo en su puesto... Los tiempos están preñados de revoluciones, y la revolución es nuestra esperanza.

En la calle sonó un silbido particular.

—Es Contensón—dijo Peyrade, poniendo una luz en la ventana;—algo trae que me afecta personalmente.

Un instante después, el fiel Contensón comparecía ante los dos gnomos de la policía que eran reverenciados por el cual si fuesen dos genios.

—¿Qué hay?—le preguntó Corentín.

—¡Novedades!... Salía del 113, donde perdí cuanto llevaba, cuando veo en las galerías ¿á quién diréis?... á Jorge. Este mozo ha sido despedido por el barón, el cual sospecha de él que es un espía.

—¡He ahí el efecto de una sonrisa que se me escapó á mí!—dijo Peyrade.

—¡Oh! ¡cuántos desastres he visto yo causados por otras tantas sonrisas!—dijo Corentín.

—Sin contar con los que causan los latigazos—dijo Peyrade haciendo alusión al asunto Simeuse;—pero, veamos, Contensón, ¿qué hay?

—He aquí lo que ocurre—contestó Contensón.—Le he tirado de la lengua á Jorge invitándole á beber tal número de copas, que él está borracho y yo debo estar como un alambique. El barón fué á la calle Taitbout, bien repleto de pastillas del serrallo, y halló allí á la hermosa mujer que ya sabéis. Pero ¡vaya una buena! aquella inglesa no es la desconocida que él busca... Se gastó treinta mil francos para seducir á la camarera... ¡Una necedad! ¡El se cree grande porque hace pequeñas cosas con grandes capitales; volved la frase y hallaréis el problema que resuelve el hombre de genio. El barón volvió á su casa en un estado lasti-

moso. Al día siguiente, Jorge, por echárselas de listo, le dijo á su amo: «¿Por qué se sirve el señor de gentes tan malvadas? Si el señor quisiese confiar en mí, yo hallaría á esa desconocida, porque con la descripción que el señor me ha hecho me basta para revolver todo París». «Hazlo y no te pesará», le dijo el barón. Jorge me contó todo esto, entremezclado con los detalles más satíricos. Pero... ya está un acostumbrado á todo. Al día siguiente, el barón recibió un anónimo concebido en estos términos: «El señor de Nucingen se muere de amor por una desconocida, y ha gastado ya mucho dinero inútilmente. Si quiere hallarse esta noche, á las doce, en el puente de Neuilly, y se presta á subir al coche tras el cual irá el cazador del bosque de Vincennes y á que le venden los ojos, verá á la que ama... Como su fortuna pudiera hacerle concebir temores acerca de las intenciones de los que proceden de este modo, el señor barón puede ir acompañado de su fiel Jorge. Por lo demás, en el coche no irá nadie.» Sin decirle nada á Jorge, el barón se fué con Jorge, y ambos se dejaron vendar los ojos después que el barón reconoció al cazador. Dos horas después, el coche, que caminaba como un coche de Luis XVIII (á quien Dios tenga en gloria... ¡ese rey sí que entendía en policía!) se detuvo en medio de un bosque. El barón, después de quitarse lo venda, vió en otro coche inmediato á su desconocida, la cual... pst... desapareció en seguida. El mismo coche, con la misma velocidad Luis XVIII, lo llevó al puente de Neuilly. A Jorge le habían puesto en la mano una cartita que decía así: «¿Cuántos billetes de mil francos suelta el señor barón porque le pongan en relación con la desconocida?» Jorge le dió la cartita á su amo, y el barón, sospechando que Jorge se entiende conmigo ó con usted, señor Peyrade, para explotarlo, ha despachado á Jorge. ¡Vaya un banquero más imbécil!... A Jorge no debió despedirlo hasta después de haber visto en su poder á la desconocida.

—¿Vió Jorge á la mujer?—preguntó Corentín.

—Sí—dijo Contensón.

—¿Y cómo es?—preguntó Peyrade.

—¡Oh! no me ha dicho más que esto: «¡es un sol de belleza!»—contestó Contensón.

—Estamos siendo burla de unos pillastres más listos que nosotros—exclamó Peyrade.—Esos perros le venderán cara la mujer al barón.

—¡Ya, mein herr!—respondió Contensón.—Como supe que le habían soltado una filípica en la Prefectura, le hice hablar á Jorge.

—Me gustaría saber quién me ha reventado, para medir con él las fuerzas—dijo Peyrade.

—Es preciso hacerse el muerto—observó Contensón.

—Tienes razón—dijo Peyrade;—esperemos y observémoslo todo con atención...

—¡Estudiemus detenidamente este asunto!—exclamó Corentín.—Por de pronto no me resta nada que hacer. Peyrade, sé prudente. Obedezcamos al señor prefecto.

—El señor de Nucingen era un buen filón—advirtió Contensón;—lleva en las venas muchos billetes de á mil francos.

—La dote de Lidia estaba ahí—le dijo Peyrade á Corentín al oído.

—Vamos, Contensón, dejemos dormir á nuestro padre... Hasta mañana.

—Señor—dijo Contensón á Corentín en el umbral de la puerta,—vaya una operación más rara que quería hacer el tunante ¿eh?... casar á su hija con el importe de... ¡Ah! ¡ah! con este asunto se podría hacer una bonita pieza muy moral, titulada: *La dote de una doncella*.

—¡Ah! ¡qué sentidos os da Dios! ¡qué oído tienes!—dijo Corentín á Contensón.—Indudablemente, la naturaleza social arma á todas sus especies de las cualidades necesarias para los servicios que espera de ellos. La sociedad es otra naturaleza.

—Lo que está usted diciendo es muy filosófico, y un profesor haría de ello un sistema—exclamó Contensón.

—Procure estar al tanto de todo lo que ocurra en casa de Nucingen respecto de la desconocida... en conjunto... sin detallar—dijo Corentín sonriendo al propio tiempo que corría con su espía á través de las calles.

—¡Tienen una desconfianza atroz!—dijo Contensón.

—Un hombre como el barón de Nucingen no puede tener secretos—dijo Corentín.—Además, nosotros, que consideramos á los hombres como cartas, no debemos de ser engañados por ellos.

—¡No faltaba más! ¡eso equivaldría á consentir que el verdugo se dejase degollar por el condenado!—exclamó Contensón.

—Tú siempre buscas comparaciones que hagan reír—respondió Corentín sonriéndose.

Aquel asunto, aparte sus resultados, era exclusivamente importante por sí mismo. Si el barón no le había hecho traición á Peyrade ¿quién había tenido interés en visitar al prefecto de policía? Para Corentín era cuestión de saber si no tenía algún traidor entre sus subordinados, y al mismo tiempo que se acostaba se decía como Peyrade: «¿Quién habrá ido á quejarse al prefecto?... ¿A quién pertenece esa mujer?...» De esta suerte, al propio tiempo que se ignoraban los unos á los otros, Jacobo Collín, Peyrade y Corentín se iban aproximando sin saberlo; y la pobre Ester, Luciano y Nucingen iban á ser arrastrados necesariamente á aquella lucha empezada ya y que se tornaría terrible al calor del amor propio policíaco.

Gracias á la habilidad de Europa, la partida más amenazadora de los sesenta mil francos de deudas que pesaban sobre Ester y sobre Luciano fué pagada, y la confianza de los acreedores renació un poco. Luciano y el cura pudieron respirar durante un momento. Como dos animales feroces perseguidos que lamen un poco de agua al borde de un estanque, ambos pudieron seguir costeano los precipicios á través de los cuales el hombre fuerte guiaba al hombre débil.

—Hoy—le dijo el falso sacerdote á su protegido—nos jugamos el todo por el todo; pero, afortunadamente, las cartas están preparadas.

Cumpliendo las órdenes de su mentor, Luciano fué durante algún tiempo amante asiduo de la señora de Serizy. En efecto, á Luciano no le convenía que se supiese que tenía una querida vulgar. Por lo demás, el joven logró aturdirse y supo hallar fuerzas en el placer de verse amado y en el torbellino de una vida mundana. Luciano obedecía además á Clotilde de Grandlieu no viéndola más que en el Bosque ó en los Campos Elíseos.

Al día siguiente de aquel en que Ester fué encerrada en la casa del guarda, aquel ser problemático y terrible para ella y que constituía su pesadilla fué á proponerle que firmase en blanco tres letras gravadas con estas torturantes palabras: *Aceptada por sesenta mil francos*, en la primera; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la segunda; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la tercera. En total trescientos

mil francos de aceptaciones. La palabra *aceptada* constituye la letra de cambio y le somete á uno á la acción penal. Esta palabra hace incurrir al que la firma imprudentemente en cinco años de cárcel, una pena que pocas veces aplican los tribunales á los más bandidos. La ley acerca de este punto es un resto de los tiempos de barbarie que une á su estupidez el raro mérito de ser inútil, ya que no alcanza nunca á los bribones.

—Se trata de sacar á Luciano de un apuro—le dijo el español á Ester;—tiene unos sesenta mil francos de deudas, y con estos trescientos mil saldremos tal vez del apuro.

Después de haber fechado las letras de cambio con seis meses de antelación, el cura hizo que las librara contra Ester un *hombre que no fué bien conocido por la policía*, y cuyas aventuras, no obstante el ruido que hicieron, no tardaron en ser olvidadas y sepultadas por el rumor de la gran sinfonía de julio de 1830.

Este joven, que era uno de los más audaces caballeros de industria, hijo de un alguacil de Bolonia, se llama Jorge María Destourny. El padre, que se vió obligado á vender su cargo en circunstancias poco prósperas, dejó á su hijo sin recursos, después de haberle dado esa brillante educación que es una locura que suelen sentir los padres de condición humilde por sus hijos. A los veintitrés años, el joven y distinguido alumno de derecho, había renegado de su padre haciéndose unas tarjetas que decían:

JORGE D'ESTOURNY

Esta tarjeta daba á su persona un perfume aristocrático. Este elegante tuvo la audacia de tomar un tiburí y un lacayo y de frecuentar los clubs. Cuatro palabras lo explicarán todo: jugaba á la Bolsa con el dinero de las mujeres alegres á quienes servía de confidente. Por fin cayó en manos de la policía, ante la cual compareció acusado de servirse en el juego de cartas preparadas; tenía cómplices, jóvenes corrompidos por él, sus seides obligados, los compadres de su elegancia y de su crédito. Obligado á huir, se olvidó de pagar sus diferencias en la Bolsa. Todo París, se olvidó de pagar sus diferencias en la Bolsa. Todo París, el París de los cancerberos y de los clubs, de los bulevares, de los industriales, temblaba aun al recordar aquel doble enredo. En la época de su esplendor, Jorge d'Estourny,

guapo mozo, buen muchacho, y, sobre todo, generoso como un capitán de bandidos, había protegido á la Torpedo durante algunos meses. El falso español basó su especulación en las relaciones de Ester con aquel célebre estafador. Jorge d'Estourny, cuya ambición se había aumentado con el éxito, tomó bajo su protección á un hombre llegado de provincias para dedicarse al negocio en París, y á quien el partido liberal quería indemnizar por las condenas sufridas con valor en la lucha de la prensa contra el gobierno de Carlos X, cuya persecución se amortiguó durante el ministerio Martiñac. Entonces se había indultado al señor Cerizet, aquel gerente responsable, titulado el valeroso Cerizet. Ahora bien, Cerizet, protegido por las eminencias de la izquierda, fundó una casa que era á la vez agencia de negocios, banco y casa de comisión. Fué una de esas posiciones que se parecen en el comercio á esos criados anunciados para todo. Cerizet se consideró muy dichoso aliándose con Jorge d'Estourny para hacer el aprendizaje. En virtud de la anécdota acerca de Ninón, Ester podía pasar por ser la fiel depositaria de una parte de la fortuna de Jorge d'Estourny. Un endoso en blanco firmado por Jorge d'Estourny hacía á Carlos Herrera dueño de los valores que él mismo se había creado. Esta falsificación no ofrecía ningún peligro desde el momento en que la señorita Ester, ó algún otro, tenían que pagar. Después de haber tomado informes acerca de la casa Cerizet, Jacobo Collín reconoció en ella á uno de esos personajes oscuros, decididos á hacer fortuna... pero legalmente. Cerizet, el verdadero depositario de Estourny, era depositario de sumas importantes comprometidas entonces en la alza de la Bolsa, y que le permitían á Cerizet llamarse banquero. Todo esto se hace en París: se desprecia á un hombre, pero no su dinero. El cura se trasladó á casa de Cerizet con intención de trabajar á su modo, pues por casualidad era dueño de los secretos de aquel digno socio de Estourny. El valeroso Cerizet permanecía en un entresuelo de la calle del Gros-Chenet, y el cura, que se hizo anunciar misteriosamente como enviado de Jorge d'Estourny, sorprendió desagradablemente al titulado banquero. El cura vió en un modesto despacho á un hombrecito de cabellos ralos y rubios, y reconoció en él, por la descripción que le había hecho Luciano, al Judas de David Sechard.